

MAÑANA

se pone á la venta el

**NÚMERO
ALMANAQUE**

cada uno con su

Álbum para postales

por el precio de

DOS PESETAS



¡Será el mayor éxito editorial!

¡NO OLVIDARLO!



**La Novela Semanal
Cinematográfica**

N.º 59

25 cts.



**¡POBRE
VIOLETA!**

por
Pola Negri
FilmoTeca

de Catalunya

**LA NOVELA SEMANAL
CINEMATOGRAFICA**

Redacción } Gran Via Layetana, 17
Administración } Teléfono 4423-A
BARCELONA

AÑO II

N.º 59

¡POBRE VIOLETA!
por **POLA NEGRI**

Marca U. F. A. -- Berlín

Concesionarios:

Compañía Hispano-Alemana, S. A. (CHASA)
Rambía de Cataluña, 62.--Barcelona.

Argumento de la película de dicho título.

En el vivir miserable de Violeta «la ramillera», las historias galanas de desafíos y amores á la luz de la luna, ponían una llamita de ilusión.

Junto al hogar que templaba la insalubre habitación en que vivía, y donde al propio tiempo se calentaba la rutinaria alimentación, Violeta leía sin cesar y su espíritu, pobre como el ambiente en que se había formado, sólo ante las gestas sublimes de los amantes y los suspiros de las doncellas enamoradas se ex-tasiaba de felicidad. Luego, en su camastro, del que su blando cuerpo había de sufrir la ingratitud, soñaría... y su imaginación le repro-

duciría las escenas de su libro que más enterrecieron su corazón:

...y mientras ella respandecía como una reina, el joven caballero cerró sobre su nuca, con delicadeza infinita, el broche de oro de un magnífico collar de brillantes...

Como todas las noches, el tío Juan, padrastro de Violeta y único pariente de ésta, regresaba á su casa, después de haber recorrido una infinidad de tabernas hasta embriagarse y dar asco.

La hora de la vuelta de su alcohólico padrastro, que á fuerza de disgustos mató á su madre, era la más amarga en la vida de Violeta; la hora en que, al sople de la realidad, se derrumbaban los castillos de naipes de sus ilusiones...

Violeta sirvió la cena al hombre que la había convertido en esclava, y el beodo, no apeteciéndole el plato, lo tiró con brutal instinto al suelo. Era visto que no tenía necesidad de comer aquella noche, y evidentísima su «hambre» de bebida, pues levantóse de la mesa para tomar, en la despensa, «su» botella de vino. Entonces tuvo lugar una violenta disputa entre Violeta y su padrastro, porque la botella estaba vacía de líquido.

—No tengo dinero!...—le dijo Violeta— ¡Todo el que había te lo has llevado!

—¡Gandulal! ¡Mala pécoral! ¿Por qué estás aquí, si no hay «pasta», en lugar de vender esos ramilletes por las calles?

—Ya fui... y volví ha poco... Más tarde saldré... para aprovechar la salida de los teatros...

—¡Ve ahora mismo, que nunca es mal momento cuando se quiere trabajar! ¡Y no vuelvas á casa si no traes llena la botella!

Muy espantada ante la ira de su padrastro, cuyas consecuencias desgraciadamente no ignoraba, Violeta, con la cesta de flores colgada en un brazo, salió á probar fortuna, y el borracho se tumbó en su lecho para esperarla mejor.

En la noche inclemente, á esa hora en que las gentes corren en busca del calor del hogar, todo era hostil á la pobre vendedora de flores... y manos atrevidas de cínicos transeuntes, haciendo prueba de crueldad, le acariciaban el rostro ó se posaban sobre su cuerpo, rápidas é inquietas... para, al fin, no comprar, después de haber lastimado el alma de Violeta.

Entretanto, en la Opera, entre luces, sedas y joyas, terminaba la función.

Amelia de Daurian, una muñeca de lujo, que supo de privaciones y miserias antes de triunfar en el mundo dorado de la galantería, destacada entre las bellas y elegantes damas y, seguida de un tropel de amigos, descendía la regia escalinata del coliseo.

Su «amigo» Gastón, hombre de brillante posición financiera, que sabía contemplar la vida en todos sus aspectos sin perder jamás su pose elegante de *gentleman*, le presentó, como sigue, á un joven que mucho apreciaba, cuyo encuentro acababa de hacer á la puerta del teatro:

—Mi amigo Alfredo Germont, poeta admirable, al que está reservado un magnífico porvenir.

Amelia simpatizó con el vate, en cuya mirada se reflejaba la dulzura de su alma, y, muy sinceramente, además de hacerlo para complacer á Gastón, le dijo:

—Dentro de unos momentos nos reuniremos en casa varios amigos en una fiesta familiar... ¿Quiere usted acompañarnos también?

Alfredo aceptó y, mientras Amelia y Gastón salían de la Opera, se despedía de sus compañeros para dirigirse luego á casa de aquella, cuya dirección le diera su amigo.

Violeta asedió con sus ramilletes á Amelia y Gastón, que subieron en un auto, llevándose la encaramada en el estribo, causándoles mucha gracia su insistencia y además cierta admiración á Gastón, pues la muchacha no era despreciable, y tras mucho palique le compraron un ramillete para pagarle á lo menos la paciencia en ofrecer su mercancía ya que no el valor de las modestas flores por ser otras las que correspondían á la hermosa Amelia.

Al descender del auto en marcha, Violeta tuvo la mala fortuna de hacerlo hacia atrás,—defecto incorregible en las mujeres—y cayó inevitablemente al arroyo quedando en él tendida sin conocimiento por efecto de la conmoción recibida. Las flores y los trozos de la botella—que se rompió al chocar contra el suelo—estaban esparcidos á su inmediación, y esto ponía al triste cuadro una nota más de dolor...

Era muy comprensible que á aquella hora de la noche las calles estuvieran casi desiertas y que nadie presenciara la caída de Violeta, y tal vez ésta no hubiese sido socorrida hasta mucho tiempo después de ocurrido el accidente, si Alfredo, el poeta, no atravesara, en un auto de alquiler, la citada calle y se apresurara á recogerla y á conducirla á la casa de Amelia, que estaba cerca, no pensando en

más, en aquel momento de humanitario sentir, que en auxiliar á la sincopizada.

Amelia y Gastón reconocieron á «la ramilleteera» y coadyuvaron, junto con sus amigos, á volverla en sí, poniendo á la disposición de Alfredo, que solícitamente actuaba de médico, un licor infalible para reanimarla y un magnetizante plato repleto de dulces.

El resultado de los «específicos» fué brillante; en efecto, apenas Alfredo le hizo apurar la copita del poderoso licor, Violeta abrió los ojos, con los que, antes de hacerlo con la boca, se comía los dulces como repentinamente fámedica.

Alfredo contemplaba á la infeliz muchacha de cuya triste vida sacaba provecho su inspiración.

Repuesta, después de hartarse, Violeta recordó la realidad de su sino, es decir, la amenaza de su padraastro, y rompió á llorar. Alfredo, con cariño, le preguntó la causa.

—¡Si vuelvo á casa sin la botella, mi padraastro me pegará!— contestó ella.

En seguida, Gastón pidió un litro de vino á un criado, y se lo dió á Violeta quien, tranquilizada, no sabía cómo agradecer tanta generosidad, y cuando se disponía á marcharse, detúvose en la contemplación de un valioso abrigo en el cual, satisfaciendo su deseo, envolvióse para sentir sobre sí el sedoso contacto. Gastón, comprendiendo los sueños de la desdichada, hizo alarde de particular desprendimiento delante de Amelia:

—Regálale ese abrigo...—le propuso—. Para tí no representa nada y para ella será la alegría más grande de su vida.

Amelia, que fué lo que era Violeta, le tuvo

lástima y le hizo ese regalo con estas palabras:

—¿Te gusta mucho?... Pues quédate con él... Así como así, eres lo bastante bonita para llevarlo...

Era demasiada alegría de una sola vez para que Violeta pudiera experimentar la serenidad; y por lo tanto, cimbreándose con aire de gran señora dentro de la aterciopelada prenda, se marchó de aquella casa entre risas francas y sonrisas maliciosas de los invitados.

Alfredo, á la puerta del piso, le salió al paso y tendiéndole una mano, con algunas monedas, le dijo:

—Yo soy pobre... no puedo darle más... Acéptelo usted...

Violeta no se decidía á tomar el dinero, pero Alfredo, con su insistencia la venció.

De regreso en su mazmorra, Violeta, sin poder contener el freno de su alegría, despertó á su padrastro que roncaba ruidosamente, y le entregó la botella que le diera Gastón, cuya vista casi enloqueció de sorpresa al beodo.

Mientras su padrastro empinaba con ansia el vino, Violeta, en un cuarto contiguo al en que él estaba, se ponía de nuevo el abrigo recreándose en suponerse interesante. En tal operación, sin que ella pudiese sospecharlo, la sorprendió el alcohólico, y tiempo le faltó á éste de quitarle la rica prenda, tras reñida oposición de Violeta. Cuando la hubo, exclamó:

—¡Mañana la venderé... y habrá bebida «super» en abundancia!

Pero Violeta, en el colmo de su rebeldía contra el tirano de su vida, salió de su casa con la firme intención de no volver jamás á pisar

su umbral, y fué á colocarse al lado de la puerta de la casa de Amelia donde tan generosamente se la había socorrido.

Alfredo, para escurrirse de los demás invitados, había salido el primero de la fiesta, y vió á Violeta que, reconociéndolo, le contó sus cuitas:

—Huí de mi casa por miedo á mi padrastro...



... cuya vista casi enloqueció de sorpresa al beodo...

No quiero verle más en mi vida... Me brutaliza, señor... Me encuentro desamparada en el mundo y tengo frío...

—Cálmese usted, señorita... y si el ofrecimiento que yo le haga le ha de parecer honrado, le diré que mi casa es la suya y en ella hay una habitación para usted.

—Yo no sé... Yo le creo... Lo que quisiera

es trabajar... para no sufrir como hasta ahora.

—Haré por usted y por su dicha cuanto pueda. Venga conmigo... Nada es mejor que la alegría que proporciona una buena acción... Dice el adagio: "Tal harás, tal hallarás". ¡Dichoso aquel que, como yo en esta ocasión, logra anteponer la virtud de la máxima á los vanos prejuicios que son rémora de la voluntad de la humanidad!

A poco, Violeta y Alfredo llegaron á la buhardilla humilde donde, muy cerquita de la gloria, para mejor sentir el soplo de la inspiración, escribía él sus versos.

Como era avanzada la hora, y no muy oportuno seguir platicando acerca del infortunio de Violeta, que el dolor moral había rendido, Alfredo, enseñándole la habitación—que era la suya—le dijo:

—Puede usted acostarse con toda tranquilidad... Yo me prepararé en el otro cuarto una cama que para sí la quisiera un Emperador...

Violeta, infinitamente agradecida al noble Alfredo, estrechóle con ternura las manos y retiróse á entregarse al reposo.

Alfredo, por su parte, transformando un diván en lecho, descansaba en él su cuerpo, pensando en que todo ha de cuadrarle á un poeta... hasta los bancos de los paseos... mullida cama de otros seres cuyas «delicias» él no había tenido ocasión de conocer.

* * *

Por la mañana; cuando el sol, buen amigo de los poetas, visitó la alegre buhardilla donde las Musas convencionales habían sido sustituidas por una Musa de carne y hueso, Alfredo preparó el chocolate, calentó la leche, tostó sendas rebanadas de pan con mantequilla y,

cuando todo ello estuvo preparado, llamó con los nudillos á la puerta del cuarto que ocupaba Violeta:

—¡Dese usted prisa, señorita, que se enfría el desayuno!

Violeta, feliz en el principio de la nueva fase de su existencia, vistióse en breves instantes, y miróse con más interés que nunca al espejo para parecerle lo más agradable que le fuera posible al generoso protector...

El momento del almuerzo transcurrió en la mayor intimidad, como si se conocieran de tiempo, y Violeta, como la vispera en casa de Amelia, devoró, más bien que comió, todo cuanto Alfredo le puso delante.

Hacia el final del desayuno, Alfredo insinuó á Violeta—viéndola ya más tranquila—que tal vez habría de intentar una reconciliación con su padrastró con ciertas condiciones impuestas por ella, ó buscarse una colocación en una casa seria, á pensión, para defenderse por sí sola contra las exigencias de la vida. Así, muy correcto, le habló presentándole en descripciones claras y concisas, los peligros del vivir errante, y aconsejándola como un hermano.

Violeta, trémula de miedo, le interrumpió:

—¡Por Dios, no me eche usted de aquí!... Yo haré lo que usted quiera... Seré su criada, pero no me deje volver á casa de mi padrastró!

Alfredo no supo qué contestar ante tan vehemente ruego de la muchacha, y ésta sacó ventaja de la situación, pues, enamorada de él, que era el primer hombre bueno que había hallado en su paso por el mundo, clavó sus ojos en los suyos, implorándole piedad y amor—dos cosas ignoradas que ansiaba conocer—, y por fin, Alfredo, resuelto á compla-

cerla y á seguir la voz que le repetía sin cesar que Violeta, además de por la razón de su belleza, por su pobreza y deseos de vivir, había interesado su corazón accedió. Y ni que decir tiene que, cual si un tentáculo enorme lo apretara sin posibilidad de fuga, Alfredo amparó en sus brazos á la ramillettera y un beso, inevitable, vino á ser la confirmación de que algo



El momento del almuerzo transcurrió en la mayor intimidad...

más fuerte que una simple amistad empezaba para ellos...

Reaparecida la alegría en el rostro de Violeta, Alfredo se mostraba ufano de haberla hecho tan feliz labrándose su propia dicha; mas he aquí que poco después él recibió una carta que desbarataría todos sus planes. Decía así:

"Querido hijo: Tu hermana Clara ha tenido la desgracia de caer enferma y te suplica que vengas á pasar algunos días á su lado. Yo también te lo pido. Dado el cariño que os profesáis, creo que tu presencia le dará nuevas fuerzas.

Te abraza cariñosamente,

Tu padre."



—¡Por Dios, no me eche usted de aquí!...

Modelo de hijo y hermano, Alfredo se proponía marcharse á su pueblo en el primer tren, y lamentando tener que abandonar á Violeta aunque sólo fuera por unos días, dispuso que

fuese á casa de Amelia, con una carta suya, en la seguridad de que hallaría en ella una buena ayuda.

Arregladas así las cosas, Alfredo partió hacia la casa paterna, y Amelia, mientras tanto, recibía á Violeta con simpatía y leía la carta de recomendación personal del poeta, cuyo texto era éste:

“Querida amiga: En el poco tiempo que estuve ayer con usted, pude apreciar la bondad de su alma... Por eso me atrevo á rogarle que se ocupe usted de Violeta. Hará una acción meritoria y se lo agradecerá muchísimo su devoto.

Alfredo Germont.”

Amelia, sonriendo con picardía á la ramillera, le habló de esta manera:

—Parece que Alfredo tiene mucho interés en protegerte... Está bien; ¿quieres quedarte aquí en calidad de doncella?

—Para lo que usted quiera, mi buena señora—se apresuró á contestar Violeta.

Por primera vez en su vida, Violeta iba á alternar con gente de educación y ardía en deseos de corregir su salvajismo imitando á los que tenían razón de saber cómo se vivía en sociedad.

Al día siguiente, Alfredo se presentaba en la casa que su padre y su hermana habitaban en una pequeña capital provinciana.

La visita del hermano querido fué un poderoso consuelo para Clara, cuya enfermedad, anemia aguda, que requería muchos cuidados, sana alimentación y aire puro de la montaña, había postrado en el lecho durante algún tiempo en anteriores temporadas y también, por desgracia, aquel año desde hacía unos días.

Cuando llegó Alfredo, la fiebre de la enfer-

ma había bajado de los grados que pusieron durante dos noches su vida en peligro, y se encontraba un poco mejor. Alfredo «riñó» á su padre porque no le había escrito antes, al declararse la gravedad de Clara; el buen viejo le dió á suponer las razones—ese «no será nada» con que los padres suelen animarse porque desean ver pronto curados á los hijos—, y luego bromeando con su hermana, le dió este consejo:

—Cuando estés completamente restablecida, lo que debes hacer es emprender un viaje de recreo... Tienes bastante dinero para poder permitirte ese lujo...

Clara y su padre se cambiaron una mirada que encerraba un sagrado misterio, y más tarde, aprovechando una corta ausencia de Alfredo, la anémica hizo el siguiente ruego á su padre:

—Papá... que Alfredo no sepa nunca que sus estudios han devorado todos mis ahorros...

Agradecido por él y por su hijo, al amante viejo besó á la abnegada hermana. Para Clara y su padre, sólo había una ilusión verdadera: el triunfo de Alfredo.

En la ciudad, algunos días después de la partida del poeta, Amelia daba una nueva fiesta en sus salones. En ella debutó Violeta que, con suma habilidad, ofrecía, en sus respectivas bandejas, dulces y copitas de licor á los invitados. Uno de éstos, el Conde de Gargy, gran admirador del género femenino, observó á la gentil doncella y convino en que era muy sugestiva y digna de mejor suerte que servir á los demás.

Gastón, el «amigo» de Amelia, que también se sentía atraído por Violeta, mucho más des-

de su cambio de oficio que al conocerla, le murmuraba discretamente algunas palabras que la halagaban, causándole al mismo tiempo un gran desconcierto.

Amelia, que vigilaba por su dicha, tomó una vez aparte á Gastón y le objetó:

—¡Te advierto que no te tolero desprecios!... ¡Si otra vez te veo hablando con esa muchacha, la despido en el acto!

Gastón, prevenido, se mantuvo á raya, en tanto que el conde, para probar fortuna, esperaba una ocasión propicia... que no tardó en presentarse. En efecto, hundido en un sillón que lo ponía á cubierto de las miradas de quien entrase en la habitación donde estaba, sorprendió las escenas siguientes: Gastón había seguido á la doncella hasta allí y le estaba haciendo ciertas promesas, cuando Amelia que, como se ha dicho, le vigilaba, los interrumpió con entereza y, dirigiéndose á la azorada muchacha—que apenas conocía el mundo y el mundo ya se metía con ella—, le ordenó:

—¡Váyase usted ahora mismo de esta casa!

Gastón, como correspondía á un hombre correcto, no se opuso á la voluntad de su «amiga», para no humillarla con la revocación de la orden, y por lo tanto Violeta, cuyas justas quejas no fueron atendidas, hubo de recoger sus cosillas para dejar la casa. El criado la entregó la parte de su salario que le correspondía por los días que había trabajado y, como si por el mero hecho de saber que Violeta salía del arroyo, ó poco menos, cualquiera tuviera derecho á no guardarle ninguna consideración ni respeto, le acarició la cara;

pero ella, *enérgica*, rechazó la galanteria pecaminosa.

Ya ella en la calle, sin rumbo fijo, el conde Gargy le cortó el paso para ofrecerle su apoyo:

—¿Adónde va usted á ir tan tarde?...—inquirióla—. A estas horas la ciudad está llena de peligros para una joven como usted.

—No sé... ¡Fué tan brusco y rápido mi despido!...

—¿Quisiera usted aceptar que la tomara á mi servicio? Venga usted ahora á mi casa; en ella podrá pasar la noche y mañana podremos hablar. ¿Le parece á usted bien?

—Le quedo á usted infinitamente agradecida, señor conde.

Breves momentos después, en el auto del noble, llegaron á la casa de éste.

Violeta extasiábase ante la riqueza de la morada del conde y su entrada en ella le parecía el despertar de un sueño.

El mundano se hizo perfecto cargo de la sorpresa llena de emoción por que pasaba Violeta y decidió aprovecharse de ese momento favorable para iniciarle su amor:

—¿Le gusta á usted mi modesto hogar, Violeta?—le preguntó.

—Esto es un palacio, señor conde... un palacio encantado.

—¿Y si yo le dijera que usted es el hada que falta en él...?

—¿Yo?... ¿Yo?... ¡Señor conde, no se burle usted de mí!

—No, Violeta bella, no; hablaré más claro: una palabra de tus labios y puedes ser la dueña de esta casa.

Era demasiado halagada la vanidad de Vio-



El resultado de los «específicos» fué brillante....

leta para que se impusiera por encima de sus engañosas ilusiones la justa reflexión... y Violeta, de un solo *paso*, alcanzó alturas en que nunca pudiera pensar verse más que en fantásticas visiones.

Alfredo, en su pueblo, ignorante de la inconstancia de Violeta, recibió una carta de la Dirección del Gran Teatro de la capital, comunicándole esta buena noticia:

“Tengo una gran satisfacción en hacerle saber que ha sido admitido su drama por la Empresa de este teatro. Los ensayos empezarán en seguida, y espero verle aquí la noche del estreno...”

Alfredo, su padre y su hermana, celebraron con el corazón henchido de gozo y lágrimas en los ojos, desprendidas de lo más hondo del alma, el prólogo de la completa realización de los anhelos del escritor.

Al día siguiente, Alfredo, de regreso á la ciudad para asistir á la preparación de su obra, supo el cambio operado en la existencia de Violeta y, muy lógicamente,—pues el había creído en lo que le dijeron sus ojos y sus besos al día siguiente de haberla amparado bajo su mismo techo—, esa inesperada traición clavó en su sensibilidad la espina del desengaño.

Al correr de los días, Violeta, sin ánimos para enfrentarse con la vida, habíase resignado á desempeñar lo mejor posible su papel de perfumada rosa... Pero en su corazón sentimental había el callado suspiro de un amor más puro...

No había visto más á Alfredo, y deseaba verle, pero á solas, para confesarle cómo cayó en la tentación y pedirle que la perdonara. Si

hubiese tenido más libertad de acción,—el conde era muy celoso— Violeta hubiese visitado á Alfredo en su buhardilla. No le quedaba pues otro recurso que confiar en un encuentro fortuito. Sin embargo, una vez, la lectura de un artículo de periódico le deparó una ocasión para tener una entrevista con él, además de causarle mucha satisfacción el saberle triunfante. El artículo en cuestión decía así:

“Continúan activamente en el Gran Teatro los ensayos del drama del joven poeta Alfredo Germont, que promete, á juicio de los que lo conocen, obtener un éxito resonante. Todavía no se conoce la fecha del estreno...”

Y llegó el tan ansiado día del estreno, que coincidió con la presentación oficial de Violeta en el mundillo galante de la ciudad.

A aquella misma hora, en la quieta ciudad provinciana, Clara y su padre estaban en nerviosa espera del telegrama prometido por Alfredo, anunciador del resultado de su primer trabajo para la escena. Clara, todavía en cama, pero mucho mejor, aunque no muy fuerte aún, consultó su reloj y dijo á su padre:

—¡Ahora ya debe saberse si es un éxito ó un fracaso!... ¡Qué momentos estará pasando Alfredo!

La última frase de Clara equivalía á esta otra: «¡Qué momentos estamos pasando los tres!»

El éxito, como los periódicos lo habían augurado, era «resonante»... y Alfredo, visiblemente emocionado, fué requerido á escena, por unanimidad, repetidas veces.

Violeta, que había asistido al estreno con el conde, escapó á éste en el palco para ir á felicitar á Alfredo en el escenario.

Pero el autor no la hizo caso cuando ella se le acercó, y le volvió el rostro con muestras de desprecio.

—¡Alfredo!— exclamó Violeta—¿No me reconoces?... ¡Por Dios, Alfredo, que nos están mirandol... Escúchame... Has de escucharme. Ven esta noche á mi casa... ¡Quiero hablarte... hablarte á solas, lejos de esta sociedad!

Alfredo, obligado á ello para librarse de Violeta y no seguir dando alimento á la malicia de los amigos, admiradores espontáneos, artistas y demás personal que para darle la enhorabuena se hallaban a tres pasos de él, la contestó friamente:

—Lo siento mucho, pero estoy invitado en casa de Amelia y Gastón.

Violeta, dolorida, volvió al lado del conde, á quien halló en el pasillo de las galerías de palcos, justificándole su ausencia con un pretexto habilmente combinado.

Junto á la puerta del Gran Teatro, Gastón vió á su amigo el conde de Gargy y ante Violeta, convertida en una gran dama, quedóse maravillado:

—Está usted desconocida...—la dijo—. Amelia tendrá un verdadero placer en saludarla.

Así fué, en efecto, pues Amelia, no rencorosa y tranquilizada respecto al peligro que podía haber sido para ella Violeta, gracias á la oportuna intervención del conde que á juzgar por las apariencias estaba verdaderamente enamorado de ella, tendió la mano á su doncella, elogiando su «chic».

Gastón, dejando aparte la lealtad que se deben aquellos que se llaman amigos, se confirmaba para sí que Violeta le había «interesado» desde la primera vez que la viera con rostro

pálido y miserablemente vestida, y que habría de hacer cuanto pudiera para inclinarla de su parte...

Un poco después, la fiesta que en casa de Amelia se celebraba en honor de Alfredo, y á la que asistían Violeta y el conde, se hallaba en su apogeo.

Las miradas de Alfredo y Violeta se cruzaron más de una vez, no pudiendo evitar el di-



... Amelia, no rencorosa y tranquilizada...

rigírselas continuamente, y por último, el poeta se apartó á una habitación inmediata al salón donde ella le siguió con el mayor disimulo posible:

—¡Alfredo, te quiero con toda mi alma!... ¡No es el brillo de tu triunfo lo que me atrae á tí, sino el amor, el único amor de mi vida! ¡Ahora

comprendo que sin tí no podré vivir... que la vida no tiene para mí atractivos lejos de tu lado!

—No te creo, no podré jamás creerte. ¿Por qué no me olvidaste por completo? Vive la vida que tú misma buscaste, y déjame á mí vivir con sosiego...

—Ven conmigo, Alfredo...

Alfredo se oponía con tesón á flaquear ante Violeta, pero ella, descubriendo la influencia que ejercía en él, insistió en sus ruegos de que huyeran juntos.

—¿Lo abandonarías todo?—le preguntó Alfredo.

—¡Todo, Alfredo... todo por tí!

Entonces no se oyeron más sus voces; un frenético abrazo puso una nota de ternura en el silencio de la habitación en que ellos estaban; luego, una puerta se abrió y dos sombras, enlazadas, huyeron...

Unos instantes después, el conde, que buscaba por todas partes á Violeta, preguntó por ella á un criado, y éste, señalando la calle, contestó:

—La señorita Violeta acaba de marcharse con el señorito Alfredo.

En el nido que se habían construido los enamorados, las horas pasaban felices...

Una tarde Violeta tosió y sufrió un ligero desfallecimiento delante de Alfredo, sin poderlo evitar, y éste alarmóse mucho.

—¡Nada, no es nada!—le dijo ella, para tranquilizarle—. ¡La misma alegría de verme á tu lado!

Inquieto, Alfredo, mandó llamar á un médico.

—Si quiere restablecerse del todo, señora—le manifestó—, lo que le aconsejo es que haga usted un viaje por las tierras cálidas del Mediodía... Eso le sentará admirablemente.

Así que partió el doctor, Alfredo apresuróse á animar á Violeta:

—En cuanto llegue el dinero de mi editor, nos marcharemos—le prometía—. Ya verás... Será nuestro viaje de novios.

Ella sonreía pensando únicamente en la inefable dicha que gozaría al lado de Alfredo á través de los más escondidos lugares de la tierra.

El viaje en proyecto dependía de la respuesta que Alfredo esperaba recibir de su editor; y he aquí ésta, desfavorable, como puede verse:

FRED Y SWIKE

EDITORES

†

Amigo Alfredo:

Sentimos mucho no poder complacer á usted concediéndole un nuevo anticipo, pero la venta de su obra no obtuvo en provincias el éxito que todos esperábamos, y por esta razón mucho nos tememos que no nos sean reintegradas nunca las cantidades que le hemos adelantado.

Lamentamos tener que tomar esta medida con usted, á quien profesamos sincera amistad, pero á ello nos obligan las circunstancias.

Le saludan sus affmos. s. s. y amigos.

Fred y Swike.

Esa carta la leyó Violeta antes que Alfredo, pues fué ella quien recibió el correo de su amado, y no pudo, sabiendo de lo que se tra-

taba, resistir á la curiosidad de enterarse en el acto de lo que el editor contestaba.

La denegación de más adelantos á Alfredo por parte de la casa editorial, echaba por tierra todos los castillos que Violeta había construído en el aire á propósito de su viaje con Alfredo. Y como Violeta no quería morir, sino que al contrario ansiaba gozar de la vida, porque amaba, adoptó la resolución de desprenderse de todas sus joyas, obsequios del conde, y, antes que Alfredo regresara, salió á la calle en dirección á la joyería donde habían sido adquiridas, llegando á ella poco después. El mismo joyero la recibió.

—¿Cuánto me puede usted pagar por estas perlas?—le preguntó.

Tras un ligero examen de las perlas, el joyero le contestó:

—La verdad, señorita... sólo puedo ofrecer á usted una cuarta parte de su valor.

Violeta rehusó malvender sus joyas y se marchó del establecimiento donde cobraban tanto y pagaban tan poco.

Antes de salir, Violeta se cruzó, á su pesar, con Gastón, quien, al desaparecer ella apresuradamente, arrancó al joyero el motivo de la visita que había terminado al llegar él.

—Venía á vender sus alhajas...—le manifestó el negociante—. Por lo visto no marchan muy bien los asuntos del señor Germont.

Cuando Violeta llegó á la casa donde vivía con Alfredo, éste ya estaba en ella y se había enterado de la desagradable carta del editor.

—¡Nuestros sueños no eran más que pompas de jabón! exclamó muy afligido.

Inquietos por la falta de noticias, muy sospechosa en un hijo y hermano tan excelente,

Clara y su padre se dirigieron á la capital, dispuestos á averiguar el misterio que envolvía el silencio de Alfredo.

Entretanto, y mientras Alfredo buscaba por su lado una solución para entrar en fondos con urgencia, Violeta recibió esta nota manuscrita:

“Una persona que desea comprar sus alhajas, la espera á usted en el Hotel Central entre 4 y 5 de la tarde. Habitación número 25.”

Violeta acudió á la cita sin esperar encontrarse con Gastón.

—Perdone usted que haya recurrido á esta superchería...—le dijo él, comprendiendo su enfado—. Sé que vende sus perlas y yo tengo un gran interés en comprarlas.

Luego sacó de su cartera un fajo de billetes y se los ofreció. Violeta, á cambio de ese dinero entregaba á Gastón sus joyas, mas éste las devolvió á su dueña, con estas palabras:

—Guardé sus alhajas... Cuando se es tan bella como usted, no son necesarias garantías de ninguna clase.

Violeta, instantáneamente, rechazó el dinero de Gastón, cuyos propósitos deducía de sus zalamerías, demostrándole de esta manera que el amor de Alfredo era para ella el mayor tesoro.

En el momento de disponerse Violeta á partir del Hotel, Gastón, muy correcto como buen enamorado, le recordó:

—Piense usted en lo que le digo... Si algún día necesita de mí, siempre me tendrá á su disposición.

Resentida por ella y por Alfredo, Violeta no contestó á Gastón.

De regreso á su hogar, Violeta recibió otra

sorpresas, pero mucho mayor ésta que la primera: el padre y la hermana de Alfredo sollicitaban, por medio de la criada, entrevistarse con ella aprovechando la ausencia del poeta.

Violeta, que temió por la pérdida de su felicidad al ver ante sí al severo padre del amado, le recibió con cierta hostilidad. Clara, por prudencia, esperaba en la habitación inmediata.

—Señorita, no sé quién es usted, no la conozco—dijo el padre—, pero al verla aquí comprendo por qué mi hijo nos ha olvidado.... ¡Si hay un resto de bondad en su corazón, yo le suplico que nos devuelva á Alfredo!

—¡Yo amo á Alfredo y no le abandonaré nunca—replicó Violeta....—¡Nadie tiene derecho á quitármelo!

Pero el buen anciano, con frases cariñosas y persuasivas, hizo, paulatinamente, entrar en razón á Violeta cuyo corazón era muy sensible al infortunio de los demás, y terminó diciéndole:

—Mi pobre hija ha sacrificado todas sus economías para que su hermano terminase sus estudios.... No quiera usted, que me parece buena, que el premio á su generosidad sea el abandono de Alfredo. ¡Olvidelo usted! Usted tiene amplios horizontes donde posar la vista..., ¡y nosotros no tenemos más que él!

Violeta, convencida de que iba á cometer una buena acción, sollozó este trabajoso determinio:

—¡Me sacrificaré! ¡Le prometo que le devolveré á su hijo!

Ante tal nobleza de alma, el padre sin consuelo recuperaba la vida.

Inmediatamente después de haber despedido á los parientes de Alfredo que salvando lo

esencial admiraban á Violeta por su bondad, ella escribió, con mucho dolor, estas rayas:

"Alfredo: Comprendo que no debo abandonararte, pero los disgustos de cada día, que hace algún tiempo venimos padeciendo, han enfriado



—¡Me sacrificaré!... ¡Le prometo que le devolveré á su hijo!

mi amor. No quiero ser una carga para ti. Tienes delante un porvenir y á él te debes.

Olvidame.

Violeta."

Y, antes de arrepentirse de lo hecho y de lo que iba á hacer, Violeta volvió al hotel, pre-

sentándose á Gastón con un gesto de abandono:

—¡Aquí estoy!... Ya ve usted que no he olvidado su ofrecimiento....

—Gracias, mi amada Violeta. Siempre pensé que llegaría á corresponder á mi afecto.... Hoy mismo nos marcharemos lejos, lo más lejos posible.... A buscar el amor bajo otros cielos y en otros climas....



—Gracias, mi amada Violeta. Siempre pensé...

*
*
*

Alfredo no contaba con la nueva infidelidad de Violeta y ni por asomo se podía figurar el motivo.

Amelia, por su parte, enterada de la verdad, solicitó la ayuda de Alfredo, á quien dijo, al visitarla él en su casa:

—¡Se han marchado *los dos* al Mediodía! Fué un capricho de Gastón que yo siempre temí desde que conocimos á Violeta... Tome usted este dinero... Acéptelo como de una hermana... ¡Vaya á buscar á su amor y devuélvame á mí el mío! Yo sé donde están...

En una de las ciudades luminosas del Mediodía, Violeta, al lado de Gastón, pensaba



—... *Esa mujer es buena, se ha sacrificado por mí...*

obstinadamente en la felicidad á que había renunciado...

Gastón, con delicados miramientos, trataba de disipar la tristeza de su bella «amiga» llevándola á todas las fiestas y bailes.

Alfredo llegó al hotel donde los fugitivos se hospedaban y allí mismo supo que ellos de-

bían hallarse en aquel momento en el baile de la Comedia.

Al poco rato, habiéndose cambiado de ropa en la habitación que había tomado, Alfredo estaba en el citado baile y casualmente pudo hablar á solas, en el antepalco de Gastón, á Violeta, que no volvía de su asombro al verle allí.

—¡Alfredo!... ¡Si tú supieras!...

—¡Yo te elevé hasta mí, creyendo salvarte!... ¡Pero ahora me convenzo de que en tu alma no hay más que falsedad! ¡Apártate de mi vista! ¡No quiero volver á verte jamás!

Antes que confesar la verdad, que hubiese roto el encanto de su noble acción, Violeta soportó con sublime resignación las ofensas de Alfredo, pero llegó un momento que, previendo una fatal explosión de dolor injusto, hubo de alejarse, con desespero de su único amor, al mismo tiempo que aparecía, procedente del salón, en el antepalco, Gastón, quien, á la frialdad de Alfredo contestó dándole un buen consejo:

—No conoces á las mujeres, Alfredo... Cuando hayas vivido lo que yo, entonces aprenderás á no guiarte por las apariencias.

En opinión de todos, por obra de la fatalidad, Violeta sería considerada como una «cualquiera»...

Y, enloquecida de humillación y de vergüenza, Violeta fué á buscar el frío de la noche, sabiendo que sería de funestas consecuencias para su delicado organismo. Gastón, alarmado, salió á buscarla al jardín.

—¡Qué has hecho, Violeta!

—¡Le quiero tanto... tantol... Sin él, ¿qué me importa la vida?

Gastón, con cariño sincero, tuvo frases estimulantes para ella, y confiaba, á fuerza de demostrarle su efecto, captarse el suyo.

Alfredo, con el corazón roto, pues Violeta lo había llenado de esperanzas, que son joyas de cristal, volvió al hogar modesto y lleno de bondad de sus parientes, causando la consiguiente alegría á Clara.

Algún tiempo después, al cabo de muchos cuidados y visitas del médico, Violeta no daba la menor señal de mejoría, sino que su estado ofrecía serias inquietudes. Sin embargo, para disimular delante de ella, el médico le dijo, en su última visita.

—Por ahora no hay peligro... Con reposo y buena alimentación, pronto estará usted en vías de convalecencia.

Pero á Gastón le confesó la terrible verdad:

—Es un caso perdido... La ciencia nada puede hacer.

En este estado de cosas, Gastón, en un bello gesto de compasión, mandó un telegrama á Alfredo, cuyo texto decía:

“Violeta muy grave. Ven en seguida.

Gastón.”

Alfredo recibió el aviso de su amigo y lo leyó en presencia de Clara. No pudiendo olvidar el desengaño que le había hecho sufrir Violeta, no la perdonaba é iba á romper el telegrama en prueba de que nada le importaba lo que pudiera sucederle á ella. Clara, obligada por sus buenos sentimientos, impidió que tal hiciera, y le puso al corriente de la loable conducta de Violeta.

—¡No, no tienes razón de guardarle rencor! Esa mujer es buena, se ha sacrificado por mí... Fué papá quien le pidió que te devolviese la

libertad.... Tienes que ir á verla... *debes* ir á verla....

Y Alfredo fué... y Gastón, por singular ironía del destino, lo reunía él mismo á Violeta cuando ésta por momentos se moría.

La emoción recibida por la enferma, fué demasiado viva, y, tal vez, junto con el esfuerzo que hizo para saltar del lecho á recibirle en sus brazos, precipitóse su fin.

Presintiendo que su alma se le iba, Violeta aferróse al cuello del amado y con voz casi imperceptible le confesó:

—Alfredo, voy á morir, y no se miente á las puertas de la muerte... Te he querido siempre, siempre, desde el día que te 'conoci, hasta ahora que vas á cerrar mis ojos...

Alfredo, llorando, perdonaba...

¡Era demasiado tarde!

¡Violeta ya no existía!

¡Pobre muchacha! ¡Pobre Violeta!

FIN

Prohibida la reproducción sin mencionar procedencia.

Este número ha sido sometido á la prévia censura militar

PRÓXIMO NÚMERO:

Realidades de la vida

Muy buen asunto cuyo interés no decae un solo instante. Agradable novela cinematográfica.

por la ingénua VIOLA DANA
y el simpático GARETH HUGHES

Postal-fotografía: Milton Sills

Sale todos los miércoles. Precio 25 céntimos.
